

LA NOCHE BLANCA

I

EL 16 DE FEBRERO DE 1833

La noche del 16 al 17 de Febrero de 1833 fué una noche bendita. Encima de su sombra tuvo ella el cielo abierto. Fué la noche de la boda de Marius y Coseta.

El día había sido adorable.

No había sido la fiesta azul fantaseada por el abuelo, maravilla de encantos acompañada de una confusión de querubines y de cupidos sobre las cabezas de los novios, es decir, un casamiento digno de figurar, con su vivísimo colorido, en una mampara; pero había sido agradable y alegre.

En 1833, no era la moda del casamiento lo que es hoy.

La Francia no había tomado aún á la Inglaterra esta suprema delicadeza de arrebatarse á la novia y huir con ella al salir de la iglesia, á ocultarse como avergonzado de su propia dicha, combinando así los movimientos furtivos del negociante en bancarota con enajenamiento del cantar de los cantares. Aún no se había comprendido todo lo que hay de casto, de exquisito y de decente en traquear su paraíso en silla de postas, en interrumpir su misterio por el chasquido del postillon ó del mayoral, en tomar por lecho nupcial una cama de posada, y en dejar tras sí, en la alcoba comun, alquilada á tanto cada noche, el más sagrado de los recuerdos de la vida mezclado con los diálogos del conductor de diligencias y de la criada del parador.

En esta segunda mitad del siglo diez y nueve en que estamos, el alcalde y su baston, el cura y su casulla, la ley y Dios, no bastan ya; es preciso completarlos con el postillon de Longjumeau; chaqueta azul con solapas y vueltas encarnadas y botones de cascabel, placa en brazal, calzon de ante verdoso, tacos y ternos á los caballos normandos de anudada cola, falsos galones, sombrero de hule, larga, encrespada y empolvada cabellera, grandes botas de montar y un látigo enorme. La Francia no lleva todavía la elegancia hasta el punto de hacer, como la *nobility* inglesa, que llueva sobre la silla de postas de los novios una granizada de chinelas rotas y de zapatos viejos, en memoria de Churchill, despues Marlborough, ó Malbrouck, acometido el dia de su boda por el iracundo y violento enojo de una tia suya, el cual fué causa de su dicha. Aún no forman los zapatos y las chancas parte obligada de nuestras celebraciones nupciales; pero, paciencia; como el buen gusto continúa propagándose, no dejarán de introducirse pronto.

En 1833, como quien dice, cien años há, no se conocian en Francia los casamientos á galope.

Imaginábanse aún en aquella época, cosa rara y extraña, que un casamiento es una fiesta íntima y social, que un banquete patriarcal no echa á perder una solemnidad doméstica, que la alegría, aún cuando fuera ella excesiva, con tal que sea decente y honesta, no daña nada á la felicidad, y por último, que es venerable y bueno que la fusion de aquellos dos destinos de donde habrá de salir una familia empiece en casa, y que el matrimonio tenga en adelante la cámara nupcial por testigo.

Y tenían entónces el descaro de casarse en su casa.

Celebróse, pues, la boda, conforme á la costumbre de aquella época, costumbre hoy ya caduca, en casa del señor Gillenormand.

Por más que sea muy natural y muy comun este asunto de casarse, la publicacion de las amonestaciones, los contratos y otros actos que hay que formular, la alcaldía, la iglesia, siempre ofrecen alguna complicacion. No pudo estar todo corriente ántes del 16 de Febrero.

Ahora bien, hacemos notar este detalle por la pura satisfaccion de ser exactos, hallóse que el 16 de Febrero era un martes de carnaval. Hesitaciones y escrúpulos, sobre todo, por parte de la tia, la señorita Gillenormand.

— ¡ Un martes de carnaval ! exclamó el abuelo, tanto mejor. Hay un proverbio que dice :

Mariage un mardi gras
N'aura point d'enfants ingrats ¹.

¡ Pasemos adelante, adelante ! ¡ Sea en buen hora el 16 de Febrero ! ¿ Es que querias tú retardarlo, Marius ?

— No, ciertamente ! contestó el novio.

— Pues, casémonos, repuso el abuelo.

La boda tuvo, pues, lugar el 16, á pesar de la alegría y

¹ Boda en martes de carnaval no producirá hijos ingratos.

de la algazara pública. Era un día de lluvia, pero nunca falta en el cielo un rinconcito, un pequeño claro azul al servicio de la dicha, que los amantes ven, aun cuando todo el resto de la creacion se hallara bajo un paraguas.

Juan Valjean habia entregado á Marius la vispera, en presencia del señor Gillenormand, los quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Como el casamiento se celebraba bajo el régimen de la comunidad, los actos formulados habian sido en extremo sencillos.

Toussaint habia venido ya á ser inútil á Juan Valjean; Coseta la heredó y la promovió al grado de doncella.

Por lo que hace á Juan Valjean, habia en la casa Gillenormand una hermosa pieza amueblada que parecia expresamente destinada para él, y Coseta le habia dicho tan irresistiblemente: «Padre, yo se lo suplico á usted,» que casi le hizo prometerla que sí, que vendria á habitar aquella pieza.

Algunos días ántes del fijado para el casamiento, habia acaecido un accidente á Juan Valjean; se habia lastimado un poco el dedo pulgar de la mano derecha. No era cosa grave; y no permitió que nadie se ocupase de ello, ni que le curasen, ni que viesen su herida, ni siquiera Coseta. Esto sin embargo le habia obligado á arroparse la mano con un trapo, y á llevar el brazo sujeto, en cabestrillo, lo que le impidió firmar ningun documento. El señor Gillenormand, como tutor sustituto de Coseta, le habia reemplazado.

No conduciremos al lector á la alcaldía, ni tampoco á la iglesia. No se sigue á los novios hasta allá, y se suele volver la espalda al drama desde el momento en que él se coloca en el ojal un ramito de recién casado. Nos limitaremos á anotar aquí un incidente que, por lo demás desapercibido á la boda, marcó el trayecto de la calle de las Filles-du-Calvaire á la iglesia de San Pablo.

Estaban á la sazón empedrando de nuevo la extremidad norte de la calle de San Luis, la cual se hallaba barreada á partir de la calle del Parque Real. Era por consiguiente imposible á los coches de la boda el ir directamente á San Pablo. Forzoso fué, pues, cambiar el itinerario, y lo más sencillo era dar la vuelta por el boulevard. Uno de los convidados hizo la observacion de que era mártes de carnaval, y que habria allí gran confusion y hacinamiento de carruajes. — ¿Por qué? preguntó el señor Gillenormand. — Á causa de las máscaras. — ¡Magnífico! dijo el abuelo. Vamos por allí. Estos jóvenes se casan; van á entrar en lo serio de la vida. Con eso se prepararán, viendole un poco de mascarada.

Emprendieron la marcha por el boulevard. La primera de las berlinas de la boda contenia á Coseta y á la señorita Gillenormand, al señor Gillenormand y á Juan Valjean. Marius, separado aún de la novia segun el uso, no iba sino en la segunda. Al salir de la calle de las Filles-du-Calvaire, el cortejo nupcial penetró en la larga procesion de carruajes que formaba la interminable fila desde la Magdalena hasta la Bastilla y desde la Bastilla hasta la Magdalena.

Las máscaras abundaban en los boulevards. Por más que llovía, de vez en cuando, con ciertos intervalos, Paillasse, Pantalón y Gille se obstinaban en lucir sus trajes y habilidades y en gritar desaforados. Con el buen humor de aquel invierno de 1833, París se hallaba disfrazado de Venecia. Hoy ya no se ven aquellos mártes de carnaval. Como todo cuanto ahora existe es un verdadero carnaval esparcido en todas direcciones, es consiguiente que ha debido desaparecer la singularidad estacional del carnaval que sólo queda ya relegado al almanaque.

Las anchas aceras estaban atestadas de paseantes y las veranas de curiosos. Las azoteas que coronan los peristilos de los teatros se hallaban pobladas de espectadores.

Además de las mascararas, era también objeto de las miradas ávidas y curiosas aquel desfile, propio del mártir de carnaval como del Longchamp, de vehículos de toda especie, coches y carricoches, tartanas, calesas, carretelas, fiacres, cabriolés, tilburís, marchando todos en orden, rigurosamente enfilados unos tras otros por los reglamentos de policia y como encarrilados en rieles. Todo el que va en estos vehículos es á la vez espectador y espectáculo. Numerosos agentes de la autoridad mantenian por ambos lados del boulevard aquellas dos interminables hileras paralelas moviéndose en contraria direccion, y vigilaban aquellos dos torrentes de carruajes que se deslizaban, uno hacia bajo y otro hacia arriba, el uno hacia la Chaussée-d'Antin, y el otro hacia el arrabal de San Antonio, á fin de que nada impidiera su doble corriente. Los coches blasonados de los pares de Francia y de los embajadores caminaban por el medio de la calzada, yendo y viniendo libremente. Ciertos cortejos lujosos y alegres señaladamente el del Buey Gordo, tenían el mismo privilegio. En esta alegre festividad de Paris, la Inglaterra hacia crujir su látigo; la silla de postas de lord Seymour, hostigada por un apodo que la inventó y aplicó el populacho, pasaba con el mayor estrépito.

En toda la doble hilera, á lo largo de la cual galopaban sin cesar los guardias municipales como otros tantos perros de rebaño, várias herlinas modestas ó simples tartanas de familia, repletas de abuelas y de mamás, ostentaban en sus portezuelas frescos grupos de niños disfrazados, payasos de siete años, payasas de seis, deliciosas criaturitas que parecian satisfechas y convenidas de que también ellas formaban parte de la alegría pública, penetradas de la dignidad de su arlequinada y mostrando una gravedad de funcionarios.

De vez en cuando surgia una dificultad en algun punto

de la larga procesion de vehículos; la una ó la otra de las dos hileras laterales se paraba hasta que el nudo se deshacia; un solo carruaje impedido bastaba para paralizar toda la linea. Y en seguida volvian á emprender la marcha.

Los coches de la boda iban en la fila que caminaba hacia la Bastilla, costeando el lado derecho del boulevard. Al llegar á la calle del Pont-aux-Choux, hubo una parada. Casi al mismo tiempo, en el lado opuesto, la otra fila que iba hacia la Magdalena se detuvo igualmente. En este punto de aquella fila habia un coche de mascararas.

Estos coches, ó por mejor decir, estas carretadas de mascararas son bien conocidas de los parisienses. Si ellas faltaran en un mártir de carnaval ó en el dia en que media la cuaresma, se maliciaria en seguida y se oiria decir: *Hay algo. Probablemente será la caída del ministerio.* Una multitud de Casandras, de Arlequines y de Colombinas, zangoloteando encima de los transeuntes, todos los grotescos posibles, desde el turco hasta el salvaje, hércules soportando marquesas, verduleras que harian tapar los oídos á Rabelais, á la manera que las bacantes hacian bajar los ojos á Aristófanes, pelucas de estopa, envolturas color de rosa, sombreros de faraute, gafas de gesticulador, tricornios de Janot impacientados por una mariposa, gritos lanzados á la gente pedestre, puños en las caderas, posturas atrevidas, hombros desnudos, rostros enmascarados, impudencias desbozaladas; un caos de descaro y de desvergüenza paseado por un cochero coronado de flores; he aquí á lo que se reduce esta institucion.

La Grecia necesitaba el carro de Théspis, la Francia necesita el fiacre de Vadé.

Todo puede ser parodiado, hasta la misma parodia. La saturnal, esta gesticulacion de la belleza antigua, llega, de aumento en aumento, hasta el mártir de carnaval; y

la bacanal, en otros tiempos coronada de pámpanos, inundada de sol, mostrando sus senos de mármol en una semi desnudez divina, hoy apoltronada y apandorgada bajo el guinapo mojado del norte, ha concluido por llamarse la *chie en lit*¹.

La tradición de los carruajes de máscaras remonta á los tiempos más antiguos de la monarquía. Las cuentas de Luis XI abonan al bailio de palacio « veinte sueldos » torneses para tres coches de mascarada de calles y plazas. » En nuestros tiempos, estos ruidosos grupos de criaturas se hacen generalmente conducir por algun antiguo carromato, tartana ó diligencia cuya imperial va atestada de gente, ó bien se amontonan y se estrechan en una calesa ó en una vieja carretela de alquiler. De ordinario van veinte en un carruaje para seis. Se instalan en los asientos, en la banquetta, en la bigotera, en la lanza, y hasta entre los pliegues laterales de la capota. Algunos se encaraman sobre los faroles del carruaje. Están, unos sentados, otros de pié, otros acostados, con las corvas encogidas y las piernas colgando. Las mujeres ocupan las rodillas de los hombres. Á lo léjos, sobre el hormiguero de infinitas cabezas, vense descollar aquellas furiosas pirámides. Estas carrozas son como otras tantas montañas de alegría en medio de la infernal baraunda. Collé, Panard y Piron se desprenden de aquellas alturas enriquecidos de *argot*. Desde allí vomitan sobre el pueblo todo el catecismo truhanesco de pillos y verduleras. Aquel fiacre, desmesurado, enorme á causa de su cargamento, tiene todas las trazas de una conquista. Murmullo va en la delantera, cáos en la trasera. Allí se grita, se canta, se aulla, se ladra, se berrea, se rien á carcajadas, se deshacen de dicha y de contento ;

¹ Grito popular de los pilluelos.

la alegría ruge, el sarcasmo echa chispas, la jovialidad se ostenta como una púrpura; dos jamelgos arrastran la farsa desplegada en apoteosis; es el carro triunfal de la Risa.

Risa demasiado cínica para ser franca. Y, en efecto, aquella risa es sospechosa. Aquella risa tiene una misión. Está encargada de demostrar el carnaval á los parisienses.

Aquellos carruajes picarescos, donde se vislumbra un no sé qué de tenebroso, hacen pensar al filósofo. Hay allí algo del gobierno. Se toca con el dedo una afinidad misteriosa entre los hombres públicos y las mujeres públicas.

Que las bajezas é ignominias erigidas en un tablado den un total de alegría; que ostentando la indecencia combinada con el oprobio se entretenga y se engolose al pueblo; que el espionaje, sirviendo de caríatide á la prostitucion, divierta á las turbas arrostrándolas; que las turbas gusten de ver pasar sobre las cuatro ruedas de un fiacre aquel monstruoso grupo viviente, en andrajoso oropel, mitad luz mitad basura, que ladra y que canta; que se palmotee y se aplauda á esa gloria hecha de todas las vergüenzas; que no haya fiesta posible para la muchedumbre si la policia no pasea en medio de ella, esas especies de hidras de alegría con veinte cabezas, es en verdad cosa triste. ¿ Pero qué hacer? Esos chirriones cargados de fango cubierto de cintas y de flores son insultados y amnistiados por la risa del público. La risa de todos es cómplice de la degradacion universal. Ciertas fiestas malsanas descomponen el pueblo y le hacen populacho. Y como los tiranos, tambien los populachos necesitan bufones. El rey tiene su Roquelaure, y el pueblo tiene su Payaso. París es la grande poblacion loca, siempre que no es la grande ciudad sublime. Aquí el car-

naval forma parte de la política. Preciso confesarlo, París se deja de buen grado dar la comedia por la infamia. No pide á sus amos, cuando tiene amos, — sino una cosa : acicálame el lodo. El mismo humor caracterizaba á Roma. Esta idolatraba á Neron, que era un mozo de cordel titánico.

La casualidad hizo, como acabamos de decir, que uno de aquellos diformes racimos de mujeres y de hombres enmascarados, arrastrado en una enorme calesa, se detuvo en el lado izquierdo del boulevard mientras que el cortejo de la boda se detenía en el lado derecho. Del uno al otro borde del boulevard, el carruaje donde iban las máscaras divisó en frente de él al carruaje en el cual iba la novia.

— ¡ Toma! dijo un enmascarado, una boda.

— Una falsa boda, replicó otra máscara. Nosotros somos la verdadera.

Y como se hallaban demasiado léjos para interpelar á la boda, temiendo por otra parte las reconvenciones de los agentes de policía, las dos máscaras se pusieron á mirar hácia otro lado.

Al cabo de unos instantes tuvo ya mucho que hacer toda aquella carretada de máscaras, pues la gente se puso á gritarla y á silbarla, que es el modo de acariciar la muchedumbre á las máscaras; y las dos que acababan de hablar tuvieron que hacer frente á todo el mundo en union con sus camaradas, bastándoles apénas todos los proyectiles del repertorio de las verduleras y lavanderas para responder á la insultante gritería que por muchos de miles de bocas les lanzaba la multitud de curiosos; cruzándose entre esta y las numerosas comparsas de máscaras un espantoso tiroteo de dicharachos y desvergüenzas, á todo gritar.

Sin embargo, otras dos máscaras del mismo carruaje,

un español de enormes narices, con trazas de viejo, y enormes bigotes negros, y una mozueta delgada, y muy jóven, con média careta negra, habían observado la boda, ellos también, y mientras que los compañeros y los transeúntes se insultaban á porfia, entablaron entre sí un diálogo en voz baja.

Su « aparte » quedaba cubierto por el tumulto, perdiéndose en él enteramente. Las bocanadas de lluvia habían mojado el coche, que iba del todo abierto; el viento de Febrero no es caliente; mientras que respondía al español, la mozueta, escotada, iba tiritando, riendo y tosiendo.

Hé aquí el diálogo.

— Oyes.

— ¿ Qué dices, bato¹?

— ¿ Ves aquel viejo?

— ¿ Qué viejo?

— Aquel que va allá en el primer bisdoston² de la boda, hácia nuestro lado.

— ¿ El que lleva el brazo sujeto con una corbata negra?

— Sí.

— ¿ Y bien, qué?

— Estoy seguro de que le conozco.

— ¡ Ah!

— Yo manguelo que me chinen el garlo, y no haber dicho en mi ochibiden ostré, ni tucue, ni menda, si o pinchardo á ese pantinois³.

— Hoy sí que París es Pantin.

— ¿ Puedes tú ver desde ahí á la novia, inclinándote?

— No.

— ¿ Y al novio?

¹ Bato es padre, en caló.

² Coche.

³ Yo consiento que me corten el cuello, y no haber dicho en toda mi vida usted, ni tú, ni yo, si no conozco á ese parisiense.

- No hay novio en ese bisdoston.
 — ¡Cómo!
 — Á ménos que no sea el otro viejo.
 — Trata pues de ver á la novia, inclinándote bien.
 — No puedo.
 — No importa, á ese viejo que tiene algo en la pata de-
 lantera, estoy seguro de que le conozco.
 — ¿Y qué adelantas tú con conocerle?
 — ¡Quién sabe! ¡Á veces!...
 — Yo no hago maldito el caso de los viejos.
 — No hay duda, le conozco.
 — Pues bien, conócele á tus anchas.
 — ¿Cómo diablos se halla él en esa boda?
 — Tambien nos hallamos nosotros.
 — ¿De dónde viene esta boda?
 — ¿Qué diablos sé yo de dónde viene?
 — Escucha.
 — ¿Qué?
 — Tú deberías hacer una cosa.
 — ¿Qué cosa?
 — Apearte de nuestro bisdoston y plastarar¹ esa boda.
 — ¿Y para qué seguirla?
 — Para saber adónde va, y lo que es. Despáchate á
 bajar, corre, mi chavori², tú eres joven.
 — Yo no puedo dejar el carruaje.
 — ¿Per qué?
 — Estoy alquilada.
 — ¡Ah, car... amba!
 — Debo mi jornada de máscara-verdulera á la prefec-
 tura.
 — ¡Y es verdad!

¹ Seguir.

² Mi chavori, hija mía.

- Si abandono el coche, el primer inspector que me
 vea me prende. Eso bien lo sabes tú.
 — Sí, ya lo sé.
 — Hoy es Gobrelen¹ quien me compra.
 — Corriente; pero, de todos modos, ese viejo me
 carga.
 — ¿Te cargan los viejos? Y sin embargo, tú no eres
 ninguna jovencita.
 — Va en el primer coche.
 — Y bien, ¿qué le hace eso?
 — En el bisdoston de la novia.
 — ¿Y qué más?
 — Luégo él es el padre.
 — ¿Y qué me importa á mí todo eso?
 — Te digo que él es el padre.
 — ¿Y no hay más padre que ese en el mundo?
 — Escucha.
 — ¿Qué?
 — Yo no puedo salir sino enmascarado, Aquí, voy
 oculto, nadie sabe quién soy. Pero mañana, ya no hay
 máscaras. Es miércoles de ceniza. Estoy expuesto á ser
 sinastrao². Es preciso que vuelva á encerrarme en mi
 agujero. Tú, eres libre.
 — No mucho, tampoco.
 — Siempre lo eres más que yo.
 — Está bien, ¿y qué más decías?
 — Es preciso que procures indagar adónde se dirige
 esa boda.
 — ¿Adónde va?
 — Sí.
 — Yo lo sé.

¹ Gobrelen, es el gobierno, en caló.

² Preso.

— ¿Pues adónde va?

— Al Cadran-Bleu.

— En primer lugar, no es hacia ese lado.

— ¡Pues bien! á la Rapée.

— Ó á otra parte.

— Es libre. Las bodas son libres.

— No me basta con eso. Te digo que es menester que procures averiguar qué viene á ser esa boda, á la cual pertenece por lo visto ese viejo, y donde habita la tal boda.

— ¡Ni más ni ménos! ¡vaya una cosa graciosa! Es muy cómodo el hallar, ocho días despues, una boda que ha pasado por Paris el miércoles de carnaval. ¡Un chingabi¹ en un pajar! ¿Es que crees tú eso posible?

— No importa, es preciso tratar de indagarlo. ¿Comprendes, Azelma?

Las dos hileras de carruajes de los dos lados del boulevard recobraron su movimiento de marcha en sentido inverso, y el coche de las máscaras perdió de vista al « bisoston » de la novia.

¹ Alfiler.

II

JUAN VALJEAN CONTINÚA LLEVANDO EL BRAZO EN CABESTRILLO

¿Á quién es dado en este mundo realizar su ensueño? Para esto debe haber elecciones en el cielo; todos nosotros somos candidatos sin saberlo; los ángeles votan. Coseta y Marius habian sido electos.

En la alcaldía y en la iglesia, Coseta estuvo brillante é interesantísima. Toussaint, ayudándola Nicolette, la habia vestido.

Coseta llevaba sobre una falda de tafetan blanco, su vestido de encaje de Binche, un velo de punto de Inglaterra, un collar de perlas finas, y una corona de azahar; todo esto era blanco, y ella resplandecía en medio de esta blancura. Era un candor exquisito dilatándose en claridad. Diríase una virgen á punto de convertirse en diosa.

La hermosa cabellera de Marius iba lustrosa y perfumada; bajo la espesura de los bucles entrevéíanse acá y acullá

várias líneas pálidas, que eran las cicatrices de la barricada.

El abuelo, con ademan arrogante, la cabeza erguida, amalgamando más que nunca en su traje y en sus maneras todas las elegancias del tiempo de Barras, conducía á Coseta. Reemplazaba á Juan Valjean, quien, á causa de su brazo en cabestrillo, no podía dar la mano á la novia.

Juan Valjean, vestido de negro, los seguía y sonreía.

— Señor Fauchelevent, le decía el abuelo, hé aquí un hermoso día. Yo voto por el fin de todas las aflicciones y de todas las pesadumbres. De hoy más, ya no debe de haber tristeza en ninguna parte. Pardiez! ¡yo decreto la alegría universal! El mal no tiene derecho de existencia. En verdad, que es vergonzoso para el azul del firmamento el que haya hombres desgraciados en este mundo. El mal no proviene del hombre, que, en el fondo, es bueno. Todas las miserias humanas tienen por capital y por gobierno central el infierno, llamado también por otro nombre las Tullerías del diablo. ¡Bien, hé aquí que ahora estoy yo diciendo palabras sediciosas y demagógicas! En cuanto á mí, ya no tengo opinión política; que todos los hombres sean ricos, es decir, alegres; hé aquí á lo que yo me limito.

Cuando, al concluirse todas las ceremonias, después de haber pronunciado delante del alcalde y delante del cura todos los sí posibles, después de haber firmado en los registros de la municipalidad y de la sacristía, después de haber cambiado sus anillos, después de haber estado arrodillados codo con codo bajo el velo de moaré blanco que cubre á los desposados entre el humo del incienso, llegaron asidos de la mano, admirados y envidiados de todos, Marius de negro y ella de blanco, precedidos del suizo con charreteras de coronel que va golpeando las losas del templo con su alabarda, entre dos filas de asistentes maravillados, bajo el portal de la iglesia

abierto á dos batientes, dispuestos á volver á entrar en el coche y quedando ya todo concluido, Coseta no podía aún creer lo que estaba sucediendo. Miraba á Marius, miraba á la muchedumbre, miraba al cielo; y parecía como si temiera ella despertar de tan bello ensueño. Su semblante admirado é inquieto aumentaba aún en cierto modo sus encantos. Para volverse á casa, subieron juntos en el mismo carruaje, Marius junto á Coseta; llevando en frente al señor Gillenormand y á Juan Valjean. La señorita Gillenormand había retrocedido un puesto, y se hallaba ahora en el segundo coche. — Hijos míos, decía el abuelo, hé aquí ya al señor baron y á la señorita baronesa con treinta mil libras de renta. Y Coseta, inclinándose hácia Marius, le acariciaba el oído con este cuchicheo angelical: — ¿Conque es verdad? Yo me llamo Marius. Soy madama Marius, madama Tú.

Aquellos dos seres iban de esplendor. Hallábanse en ese minuto irrevocable y que parece no encontrarse nunca, en ese delicioso y deslumbrador punto de intersección de toda la juventud y de toda la alegría. Realizaban el verso de Juan Prouvaire; juntos los dos, no reunían cuarenta años. Era el matrimonio idealizado á lo sublime; aquellas dos criaturas eran dos azucenas. Ellos no se veían, se contemplaban. Coseta vislumbraba á Marius en una gloria; Marius distinguía á Coseta sobre un altar. Y sobre este altar y en esta gloria, mezclándose las dos apoteosis, en el fondo, no se sabe cómo, detrás de una nube para Coseta, en un resplandor para Marius, había la cosa ideal, la cosa real, la cita del beso y del sueño, la almohada nupcial.

Todos los tormentos que habían sufrido se transformaban en la más grata ebriedad. Parecía que las pesadumbres, los insomnios, las lágrimas, las angustias, el espanto, la desesperación, convertidos en rayos luminosos y en caricias, hacían más encantadora aún la hora deliciosa que se acer-

caba; y que sus tristezas eran otras tantas doncellas que hacían la toilette á la alegría. ¡Qué cosa tan buena es haber sufrido! Sus desdichas formaban la auréola á su dicha. La larga agonía de su amor tenía por término una ascension.

Era el mismo encanto en aquellas dos almas, acompañado de voluptuosidad en Marius y de pudor en Coseta. Decíanse en voz baja: — Iremos á ver de nuevo nuestro jardinito de la calle de Plumet. Los pliegues del vestido de Coseta caían sobre Marius.

Un día de esta naturaleza es una mezcla inefable de sueño y de certidumbre. Se posee y se supone. La imaginación acrece y adorna los vivos esplendores de la realidad con sus creaciones portentosas. Todavía tiene un tiempo delante de sí para adivinar. Es una indecible emoción, en esa dichosa jornada, hallarse á las doce del día y pensar en las doce de la noche. Las delicias de aquellos dos corazones rebosaban, desbordando sobre la muchumbre y esparciendo la alegría á los transeuntes.

Deteníanse las gentes en la calle de San Antonio frente á la iglesia de San Pablo, para ver por entre las vidrieras del coche cómo temblaban las nevadas flores de azahar sobre la cabeza de Coseta.

En seguida volvieron á entrar en su casa, calle de las Filles-du-Calvaire. Marius, llevando á su lado á Coseta por la mano, subió radiante y triunfal aquella escalera por donde le habían arrastrado moribundo. Una multitud de pobres, agrupados á la puerta de la casa, se repartían entre sí las larguezas de la boda, y bendecían á los desposados. Las flores abundaban por todas partes. La casa no estaba ménos embalsamada que la iglesia; después del incienso, las rosas. Creían oír ciertas voces que cantaban en el infinito; tenían á Dios en el corazón; el destino se les aparecía como una bóveda estrellada; veían sobre sus cabezas un resplandor del sol naciente. De improviso oyóse la hora

del reloj. Marius miró el lindo brazo desnudo de Coseta, y las nubes color de rosa que se percibían vagamente al través de los encajes de su corpiño, y Coseta, al ver la mirada de Marius, se puso encarnada hasta lo blanco de los ojos.

Muchos antiguos amigos de la familia Gillenormand habían sido convidados á la boda; todo el mundo se apresuraba al rededor de Coseta, para ver y contemplar á la novia. Todos se disputaban el honor y el placer de dirigir la palabra á la señora baronesa.

El oficial Théodulo Gillenormand, que ya era capitán, había venido de Chártres, donde se hallaba de guarnición, para asistir á la boda de su primo Pontmercy. Coseta no le conoció.

Por su parte él, acostumbrado á que las mujeres le hallaran buen mozo, no se acordó más de Coseta que de cualquiera otra.

— ¡Cómo tuve yo razón en no creer en aquella historia del lancero! decía entre sí el tío Gillenormand.

Nunca se había mostrado Coseta más tierna y cariñosa con Juan Valjean, hallábase ella acorde y como al unísono con el tío Gillenormand; mientras que él erigia al placer y la alegría en máximas y aforismos, ella exhalaba el amor y la bondad como un perfume. La dicha quiere que todo el mundo sea dichoso.

Para hablar á Juan Valjean, encontraba ella medio de reproducir las suaves inflexiones de voz y los acentos cariñosos propios del tiempo en que era niña. De vez en cuando le acariciaba con una graciosa sonrisa.

En el comedor habían preparado un gran banquete.

Un alumbrado *a giorno* es requisito indispensable de toda grande fiesta. Los dichosos no aceptan la bruma y la oscuridad. No consienten ellos en ser envueltos entre negras nubes. La noche, sí; pero no las tinieblas. Si no hay sol, es preciso hacer uno.